Pensamiento occidental *versus* pensamiento indio

¿Un amor imposible?

Salamanca acogió el II Encuentro Español de Indología, un puente para salvar el desamor lujuriosamente superficial entre ambos lados

MIGUEL ÁNGEL QUINTANA PAZ

***Fuego*, una de las dos últimas películas que recientemente han reavivado la moda de la India**

Parecen 'las modas' el único modo en que le está permitido a lo marginal (lo periférico, lo diferente, lo 'radicalmente extraño') su penetración en el Discurso Hegemónico de la soberbia occidental tardomoderna postindustrial. Naturalmente que, bajo semejante camuflaje del 'estar de moda', lo marginal ha de renunciar a menudo a gran parte de la fuerza de su sabor genuino, como arancel que pagar por su acceso a un Occidente proteccionista no sólo frente a las materias primas 'comerciales'. Mas aun desnaturalizada, esterilizada y pasteurizada (cuando no en polvo, o francamente adulterada), la inmigración de ideas y culturas ajenas, de modos y personajes metecos se muestra hoy, como toda inmigración, inevitable. Si Europa continúa con crecimientos poblacionales negativos o cercanos al cero, no estará lejos el día en que haya que aceptar abiertamente la inmigración como método de mantenimiento de la población activa. Si Occidente continúa con lo que la Zambrano diagnosticaba como «*enemistad entre la razón y la vida*», no estará lejos el momento en que haya que aceptar culturalmente la inmigración de ideas desde Oriente o África o Latinoamérica, como método de mantenimiento de una razón y una vida recíprocamente activas. Tal es la paradoja de nuestros países, a la vez necesitados y recelosos de ambas migraciones.

Son la modas las que han hecho que España, considerablemente periférica en esto de la Modernidad (y, por transitividad, también en la *Postmodernidad* si la hay o cuando la haya), se acercara al núcleo de un Discurso que anhela tímidamente novedades, diferencias, más por nihilismo interno que por convicción en el valor de lo 'otro', lo de 'fuera'(*Vattimo*). '*Spain*' se puso de moda, es cierto, por ser '*different*', pero precisamente por serlo '*ma non troppo*', sin excesos, sin abismos tan difíciles de saltar por los tímidos nihilistas postmodernos. Prueba de ello es que el lema 'Spain is different' se ha enunciado siempre en inglés, incluso en Spain que así, anglicanizada, 'modernizada', no era tan 'distinta' y difícil de entender: era sólo '*different*', algo que entiende todo el mundo.

Las modas también son las causantes de que los ángeles, el resto más mitológico de la cultura católica, ocupen, aunque desnaturalizados, el centro de atención de la sociedad más carente de tradiciones de la Tierra, la norteamericana. Ellas son las responsables de que corrientes artísticas marginales (por marginadas) como las del África Negra se exhiban en los asépticos museos postindustriales, adulterantes por su simple esterilidad. Y, de modo paradigmático, las modas nos traen hasta las orillas de Occidente el Oriente que es capaz de resistir las frágiles pateras que como único transporte regular conectan ambos continentes.

Europa *sólo se ha acercado a India con curiosidad, manteniendo distancias, sin deseo de identificiación*

La moda de la India

A principios del siglo pasado, Schopenhauer aventuraba que el descubrimiento de la cultura india sería tan relevante para el pensamiento contemporáneo europeo como lo fue en el Renacimiento el redescubrimiento de los clásicos grecolatinos. Su previsión ha fallado. Sobre todo porque la India (a diferencia de Grecia) nunca ha sido abordada con el deseo de hacer plenamente propia su diferente esencia; deseo de cumplimiento en puridad imposible, como el amor (deseo que es amor), mas que, como el amor, engendra vida y esencias nuevas cuando florece. Europa se acercó a Grecia con amor y engendró a los humanistas del Renacimiento, que no son idénticos a los griegos, pero por cuyas venas espirituales corre idéntica sangre. A India, en cambio, Europa se ha aproximado sin deseo de identificación, sólo con su curiosidad (la curiosidad por las nuevas modas), y consecuentemente manteniendo las distancias, ya sea al circunscribir su interés en el restricto grupo del 'orientalismo', ya sea en la Semana Oriental del Corte Inglés: es tal la razón de que no se haya podido engendrar nada en común, de tal modo que la India sigue siendo tan exótica y tan ajena hoy como en tiempos de Schopenhauer.

Es, pues, la historia de India y Occidente la historia de un desamor lujuriosamente superficial, de un mero contacto físico sin voluntad de comprensión. Al menos desde el lado occidental, que es nuestro lado.

Estos días, la moda de la India se ha visto entre nosotros revalorizada. Por un lado, se han celebrado los primeros 50 años de la independencia política de aquel subcontinente. Por otra parte, en lo que atañe a nuestra ciudad, no sólo se presentan en carteleras dos filmes de la tan prolífica como desconocida (ambos rasgos son característicamente indios) industria cinematográfica hindú, sino que la semana pasada contamos con la celebración en el Palacio de Anaya del II Encuentro Español de Indología, donde la mayoría de los más destacados especialistas de nuestro país se reunieron para compartir conocimientos, problemas, proyectos y pasiones. El Encuentro, inaugurado por el embajador indio en España, no sólo se prodigó en el desarrollo de cuestiones lingüísticas, literarias, filosóficas, religiosas, místicas, mitológicas, artísticas y estéticas; también se tuvo ocasión de presenciar algunas actuaciones en directo de música y danza hindúes, y una y otra vez surgieron diálogos tras las intervenciones en torno a cómo construir un puente entre Occidente y la India que nos permita a los europeos gozar de los tesoros del subcontinente más allá de los malentendidos y del folclorismo.

Estos diálogos se vieron especialmente concentrados en torno al debate que mantuvieron la profesora Ana Agud, del Departamento de Filología Clásica e Indoeuropeo de la Universidad de Salamanca, y el místico español Fernando Díez, que, tras diversas experiencias espirituales por la India, reside actualmente en Guadalajara. Éste defendió que la mística india era una experiencia superior, por ser la única que acerca al hombre todo a la realidad toda, de tal modo que el acercamiento acabe convirtiéndose en una identificación indisoluble, que es el mejor grado de conocimiento posible. Ana Agud, en cambio, arguyó que en el fondo la reflexión filosófica típicamente europea podía conducir a los sujetos reflexivos de Occidente a conclusiones vitales semejantes a las de los místicos indios: desconfianza de los omnipresentes prejuicios, de las ideologías, de las representaciones del sujeto (siempre subjetivistas)...

Occidente versus India

Tanto en este planteamiento general del debate como en las sucesivas intervenciones de gran número de los asistentes (de las cuales tuve el honor de servir de secretario), la dialéctica se movía siempre en tales coordenadas: los 'prometicos' intentando expresar la superioridad del misticismo hindú sobre todo pensamiento, y en especial sobre el de Occidente; los 'pro-filósofos' intentando identificar de algún modo la experiencia filosófica con la mística, para así gozar de las mismas excelencias y privilegios que el otro grupo pretendió reservarse en exclusividad para sí.

Sólo habrá *acercamiento si existe el deseo por ambas partes de recoger lo mejor del otro*

Desde luego, es evidente que el debate podría haberse planteado de varias maneras alternativas. Por ejemplo, podría haber sido la filosofía la primera en cantar sus excelencias genuinas (criticismo, fomento de la democratización, sustitución de la guerra armada por la guerra de argumentos, promoción de la ciencia –hija de la filosofía y, en su versión más avanzada, sólo de la filosofía occidental–) y haber dejado que la mística intentase equipararse a ella en estos valores. O haber criticado filosóficamente las autoalabanzas de la mística (del místico) por su intimismo pasivo, su quietismo frente a la injusticia social, su egocentrismo (o al menos, egocentricidad), el dogmatismo de sus visiones más 'claras' (especialmente, el de que ella es lo Superior). O haber resaltado que ya el diálogo mismo entre ambos campos es filosófico, con lo que la mística ha de aceptar tácitamente al filosofar en el mismo momento del querer expresarse, y que por tanto la realidad misma del diálogo presupone ya cierta superioridad tácita de lo filosófico.

En cualquier caso, en mi opinión, cada uno de estos modelos de diálogo pierde de vista algo esencial: que sólo habrá acercamiento entre India y Occidente si existe el deseo por ambas partes de recoger en sí lo mejor del otro. Ni la autoalabanza ni la crítica ni los golpes de mano retóricos parecen buenos caminos para ello, o al menos, no buenos caminos iniciales. La confrontación '*Occidente versus India*' no resulta demasiado preferible al mutuo olvido o a las curiosidades frívolas. Se me ocurre que quizá sería mejor recuperar el antiguo sentido latino de '*versus*': '*hacia*' (sentido originario frente a la anglicanización moderna que transformó el significado de tal preposición por el agresivo '*contra*'). Y es que sólo un *Occidente 'hacia' la India y una India 'hacia' Occidente* podrán producir (es evidente) acercamiento. Como el que los renacentistas lograron hacia la Antigüedad griega. Como el que el futuro de un mundo globalizado reclama.

«Y sólo así habrá amor, y fecundidad, creación» (Anónimo hindú del siglo XVI).